

DAVID HUME

# De la sencillez y el refinamiento al escribir

Traducción de Juan José Utrilla

LA ESCRITURA REFINADA, según Addison, consiste en sentimientos que sean naturales, sin ser obvios. No puede encontrarse una definición más justa y más concisa de la buena escritura.

Los sentimientos que son simplemente naturales no dan ningún placer a la mente ni parecen dignos de nuestra atención. Las bromas de un aguador, las observaciones de un campesino, la indecencia de un portero o de un cochero: todas son naturales y desagradables. ¡Qué insípida comedia formaríamos con los chismorreos ante la mesa de té copiados fiel y extensamente! Nada puede complacer a las personas de buen gusto, sino la naturaleza incluida con todas sus gracias y adornos, la *belle nature*; o si copiamos la vida baja, las pinceladas tienen que ser fuertes y notables, y deben llevar una imagen vívida a la mente. La absurda ingenuidad de Sancho Panza está representada con inimitables colores por Cervantes para entretenernos tanto como la pintura del héroe más magnánimo o del amante más tierno.

Lo mismo ocurre con oradores, filósofos, críticos o cualquier autor que hable en su propia persona, sin introducir a otros parlantes o autores. Si su lenguaje no es elegante, si no son comunes sus observaciones, fuerte y masculino su sentido, en vano se jactará de su naturaleza y simplicidad. Podrá ser correcto pero nunca será agradable. Es la desdicha de tales autores el que nunca se les culpe o se les censure. No es lo mismo la buena fortuna de un libro que la de un hombre. El sendero secreto y engañoso de la vida, del que habla Horacio, *fallentis semita vitae*, puede ser el destino más feliz del uno, pero es el mayor infortunio que puede ocurrirle al otro.

Por otra parte, las producciones que simplemente nos sorprenden sin ser naturales, no pueden darnos un duradero

entretenimiento. Plantear quimeras no es, propiamente hablando, copiar ni imitar. Se pierde lo justo de la representación y la mente se disgusta al ver un cuadro que no presenta semejanza con ningún original. Tampoco son más agradables esos refinamientos excesivos en el estilo epistolar o filosófico que en el épico o en el trágico. El exceso de ornamentos es una falla en todo tipo de obra. Las expresiones poco comunes, los fuertes toques de ingenio, los símiles exagerados y los giros epigramáticos, en especial cuando aparecen con excesiva frecuencia, son un desfigurado, en lugar de un embellecimiento del discurso. Así como el ojo al contemplar un edificio gótico se distrae por la multiplicidad de adornos y pierde de vista el conjunto por una minuciosa atención a las partes, así el espíritu al recorrer una obra sobrecargada de ingenio se fatiga y disgusta ante ese constante esfuerzo por brillar y sorprender. Esto es lo que ocurre cuando el escritor rebosa en ingenio, aun si tal ingenio es justo y agradable. Pero comúnmente acontece a tales escritores que buscan sus adornos predilectos aun si el tema no se presta a ellos; y por tal medio presentan veinte insípidas ideas por un solo pensamiento realmente bello.

No hay tema más sobado por la crítica que éste de la justa mezcla de sencillez y refinamiento al escribir; y por tanto, para no extraviarme en tan extenso campo, me limitaré a unas cuantas observaciones generales al respecto.

1) Observo: *que aun cuando se deben evitar los excesos de ambas índoles y aun cuando se debe buscar el justo medio en todas las producciones, este justo medio, sin embargo, no se encuentra en un solo punto sino que admite considerable espacio.* Consideremos en este respecto la gran distancia que hay entre Pope y Lucrecio; éstos parecen encontrarse en los dos mayores extremos de refinamiento y de simplicidad que



3) Diré yo al respecto: *que debemos estar más en guardia contra el exceso del refinamiento que contra el de la simplicidad; dado que el exceso del primero es a la vez menos bello y más peligroso que el de la segunda*. Es regla infalible que el ingenio y la pasión son enteramente incompatibles. Cuando intervienen los afectos no hay lugar para la imaginación. Dado que el espíritu del hombre es naturalmente limitado, es imposible que todas sus facultades puedan actuar a la vez: y cuanto más predomine la una, menos espacio habrá para que las otras ejerzan su vigor. Por esta razón, se requiere una mayor simplicidad en todas las composiciones en que se pintan hombres, acciones y pasiones, que en las que consisten en reflexiones y observaciones. Y dado que la primera especie de escritura es la más atractiva y bella, con seguridad podemos dar nuestra preferencia al extremo de la simplicidad por encima del de refinamiento.

También podemos observar que esas composiciones que leemos más a menudo, y que todo hombre de gusto se sabe de memoria, tienen la recomendación de la simplicidad y no tienen nada insólito en el pensamiento cuando pierden esa elegancia de expresión y armonía de los números con que está envuelta. Si el mérito de la composición se encuentra en un punto de ingenio, al principio puede llamar la atención; pero la mente prevé el pensamiento a la segunda lectura y ya no es afectada por ella. Cuando leo un epigrama de Marcial el primer verso me recuerda el todo y no encuentro ningún placer en repetir lo que ya conozco. Pero cada verso, cada palabra de Catulo tiene su mérito y nunca me canso de releerlo. Basta leer una sola vez a Cowley; pero Parnell, después de leerlo cincuenta veces, sigue tan fresco como al principio. Además, con los libros, como con las mujeres, donde hay cierta sencillez de modales y de atuendo, resultan más gratos que el brillo de la pintura y de los aires y de la vestimenta, que pueden deslumbrar el ojo pero no llegan a los afectos. Terencio tiene una belleza modesta y ruborosa, a la cual le concedemos todo porque no presupone nada, y su pureza y naturalidad nos dejan una impresión duradera aunque no sea violenta.

Pero el refinamiento, siendo el extremo menos *bello*, también es el más *peligroso*, y en el que más fácilmente

caemos. La simplicidad pasa por monotonía cuando no va acompañada por gran elegancia y propiedad. Por lo contrario, hay algo sorprendente en un toque de ingenio y presunción. Los lectores comunes quedan enormemente impresionados e imaginan erróneamente que es el modo de escribir más difícil, así como el más excelente. Séneca abunda en fallas agradables, nos dice Quintiliano: *abundat dulcibus vitiis*, y por esa razón es tanto más peligroso y más capaz de pervertir el gusto de los jóvenes y de los incautos.

Añadiré que hoy más que nunca debemos estar en guardia contra el exceso de refinamiento, pues es el extremo en que más fácilmente caen los hombres después de que la cultura ha logrado cierto progreso, y después de que eminentes escritores han aparecido en toda clase de composición. El esfuerzo de complacer a base de novedad aparta a los hombres de la simplicidad y la naturalidad llenando sus escritos con afectación y presunción. Fue así como la elocuencia asiática degeneró, apartándose tanto de lo ático; así fue como la época de Claudio y de Nerón se volvió tan inferior a la de Augusto en aticismo y genio. Y tal vez puedan verse hoy algunos síntomas de una similar degeneración del gusto en Francia así como en Inglaterra. •

DAVID HUME (Edimburgo, 1711-1776) fue uno de los principales representantes del empirismo. Se ocupó además de problemas históricos, sociales y políticos. En 1752 fue nombrado bibliotecario de la Facultad de Derecho de su ciudad natal. Sus obras más destacadas son: *Tratado sobre la naturaleza humana* (1739-1740), *Ensayos sobre el entendimiento humano* (1748) e *Investigación sobre los principios de la moral* (1751).